

El libro que ahora tengo delante de los ojos, acaba de venir de Buenos Aires, y en la portada dice: *Domingo D. Martinto.—Poesías.*

No tiene muchas páginas, ciento setenta y dos nada más, y aún de éstas, la mitad están en blanco.

Pero créanme ustedes; valía más que todas estuvieran así.

¡Qué lástima de papel!... Que es bastante bueno...

El libro del señor Martinto lleva también, como el del señor Acosta, un prólogo muy largo, de diecisiete hojas nada menos, firmado por Calixto Oyuela, otro mal poeta argentino á quien luego tendrán ustedes el gusto de conocer, el cual Oyuela dice de Martinto y de sus versos divinidades.

Y sin embargo... ¡si vieran ustedes qué malos son los versos de Martinto!...

No tan malos como los de Oyuela, eso no; pero muy poco menos.

La composición titulada *En el Hogar*, de la cual hace el prologuista fervientes elogios, empieza así:

«En el fondo de antigua chimenea,  
Entre rojas y azules llamaradas  
El negro trozo de carbón chispea...»

¡Cuánto más hermoso es aquello de Zorri-  
lla, de donde lo del señor Martinto está imi-  
tado!

«Hoy al fuego de un tronco nos sentamos  
En torno de la antigua chimenea,  
Y acaso la ancha sombra recordamos  
De aquel tizón que á nuestros piés humea.....»

Después dice el poeta que

«... el inconstante viento  
En una triste y quejumbrosa nota,  
De la arboleda y de la mar lejana  
Traer parece el inmortal lamento.»

Donde, aparte de los muchos epítetos, aparte de que el viento sea *inconstante* y la nota *triste* y además *quejumbrosa*, el *inmortal lamento* del fin prueba una *inmortal* deficiencia de oído.

Porque ¡cuidado que es duro el *inmortal lamento*!

Y sigue:

«Junto al fuego sentado, con el brío  
Y el entusiasmo de la edad primera,

(Para sentarse al fuego tener frío,  
Mas brío y entusiasmo... ¿quién dijera  
Que necesario fuera?)

Yo dejo errar el pensamiento mío...»

Ya se conoce.

Y ya está aquí el *yo* de todos los malos poetas, sin excluir á Cánovas del Castillo. El *yo* satánico y ripioso del marqués de Dos-Hermanas.

«Yo miro al cielo azul» etc.

«Yo dejo errar el pensamiento mío...» Como si diciendo solamente «*dejo errar*» no se conociera de sobra quién era el autor del disparate.

Porque además es un disparate *dejar errar* al pensamiento.

Adelante:

«¿No la veis?... Es mi madre! Sonriente...»

Así, con diéresis, lo escribe el señor Martinto, aunque ahí el diéresis no hace falta. Porque lo natural es pronunciar esa palabra en cuatro tiempos, como es necesario para el verso del señor Martinto: *son-ri-en-te* y para esto no hacen falta los dos puntitos.

Que se ponen verbigracia, en *suave*, cuando se quiere hacer que esta palabra tenga tres sílabas en vez de dos, ó en *glorioso*, cuando se quiere que tenga cuatro sílabas, en vez de tres.

Pero ya se sabe que es propiedad de los malos poetas cambiar los frenos y las reglas prosódicas á cada paso.

«¿No la veis?... Es mi madre! Sonriente,  
Sentada al borde de mi tierna cuna...»

¿Tierna cuna? ¡Qué ha de ser tierna!... Regularmente sería de hierro con remates de bronce... y ¡vaya una ternura!...

Mas aun cuando fuese de madera, la madera seca, como ha de estar la de los muebles, también suele tener una ternura que ya me río yo.....

Se conoce que el señor Martinto no sabe á punto fijo lo que significan las palabras, y teniendo que llamar algo á la cuna, la llamó *tierna*.

Lo mismo que la pudo haber llamado *inverosímil*, ó *recalcitrante*.

A eso conduce el afán de llamar motes á las cosas.

«¿No la veis?... ¡Es mi madre! Sonriente,  
Sentada al borde de mi tierna cuna,  
Próspera y grande sueña mi fortuna  
Y el labio imprime en mi dormida frente...»

Eso de *mi dormi...*, *imprimenmidormi...* es bastante feo.

¿Por qué no atropó usted alguna otra eme?...

¿Y lo del *borde-de*?

Bueno.

El señor Martinto no será poeta... ¿Qué digo, no será?... No lo es ciertamente; pero es descreído.

Lo mismo que el señor Acosta, que tampoco era poeta, como recordarán ustedes; pero era luterano.

Y creía el pobre hombre, ó por lo menos decía, que Lutero había venido á iluminar el mundo.

¡Valiente farol... de retreta!

El señor Martinto hace su profesión de descreimiento en un soneto muy prosaico, titulado *Crepúsculo*, y especialmente en un verso de siete monosílabos seguidos, que parecen las siete notas musicales, donde dice que *la... si... do...*, digo, que «la fe es un sol que se... hunde».

Así:

«La-fe-es-un-sol-que-se-hunde en Occidente.»

Lo cual, aun prescindiendo de la mala manera de decirlo, tiene cierta gracia.

Se marchaba de Madrid un zapatero remendón, que, por la condenada costumbre de emborracharse, había sido despedido del portal donde cosía.

Y al bajar por la cuesta de la Vega, con su pobre equipaje al hombro, volvió la cara á la

corte y exclamó con melancólica solemnidad:

—Adiós, Madrid, que te quedas sin gente.

Es el mismo caso del señor Martinto.

Ha dejado él de creer, por causas bien fáciles de explicar, y se le antoja que ya no cree nadie... Ha perdido él la fe, y dice muy formal que la fe se ha acabado...

Adiós, Madrid, que te quedas sin gente... y se marchaba un zapatero de viejo.

Es el mismo caso.

Y crea el señor Martinto que, así como Madrid continuó viviendo con sus quinientos mil habitantes después de la marcha del zapatero remendón, de la cual apenas nadie se dió cuenta; así la fe cristiana, aún después de haberla abandonado por desgracia suya el señor Martinto, continúa próspera y floreciente, dilatando cada vez más sus dominios, extendiendo cada día más su benéfica influencia, y siendo el consuelo y la vida de millones de seres, de la porción más civilizada del mundo.

Volviendo al señor Martinto como poeta, es decir, como mal poeta, llegamos á otra composición á la cual ha puesto el título en latín, aunque no lo sabe muy bien, como luego veremos.

*Carpe diem* se titula esta *poesía* del mismo gusto de las otras; vamos, con muchos epítetos muy mal aplicados, con muchos prosaísmos y con muchas durezas.

Empieza así:

«Es Octubre, el mes ansiado!

(¡*Mesansiado!*)

De mil aromas cargado  
Está el aire abrasador...»

El aire *abrasador*... en Octubre... Psch... pase.

Pero me parece que el mes de Octubre, que acá por el hemisferio boreal suele ser bastante fresco, tampoco en el hemisferio austral ha de ser de los más calientes.

Y sigue:

«Sobre la hierba *mullida*  
Podremos juntos soñar  
Con las *distantes* quimeras  
De las *mustias* primaveras  
En que aprendimos á amar.»

Pero hombre, ¿*mustias* llama usted á las primaveras?...

¿Qué deja usted para los otoños?

La cuna *tierna*... las primaveras *mustias*...

Eso es un completo disloque...

¿O no sabe usted bien lo que quiere decir *mustias*?...

Siga usted.

«También entonces del mundo  
Brotaba el himno *jocundo*  
De la vida y del placer...»

*Jocundo... jocundo...* Este adjetivo, mal formado del latín *jucundus*, *a*, *um*, no le usa ya nadie más que el conde de Cheste.

Porque á más de ser duro de pronunciar y á más de no guardar relación con la idea que expresa, se parece á *jocoso* y... hace reir...

Para usar en castellano el adjetivo latino *jucundus*, *a*, *um*, se debe usar con su dulce y suave sonido latino, para lo cual no hay más que escribir con *y* griega la misma palabra latina, *yucundo*.

La composición que sigue se titula *Mis amores*, y está dedicada al señor Oyuela, el del prólogo, á quien el autor llama *poeta* á boca llena, para que, en justa correspondencia, se lo llame á él el prologuista.

«A mi amigo el POETA Calixto Oyuela.»

dice la dedicatoria, con la cual, enternecido el señor Oyuela, pondera la composición hasta lo indecible, llamándola lindísima, y joyita y todo.

Pero así es poeta el señor Oyuela como es lindísima, ni linda siquiera, la composición del señor Martinto.

Y eso que linda lo es por acá cualquier perrita de lanas, y en las revistas de salones de *Asmodeo*, cualquier fea de menor cuantía.

Pues á las de mayor cuantía las llama elegantes ó simpáticas.

El señor Martinto se propuso imitar en *Mis amores*, vamos, en los suyos, el estilo de Campoamor en los *Pequeños poemas*.

Pero, verán ustedes qué imitación:

«Era Luisa una rubia encantadora  
De azules ojos, de infantil mirada  
Y frente soñadora...»

¿En qué se conocen las frentes soñadoras?

«Tenía el busto esbelto...»

Hombre, lo esbelto sería el talle....

«Extraña simpatía  
Despertaba al momento...»

En fin, que el señor Martinto la vió, la amó y dice:

«Y á veces *sumergido*  
En pensamientos, por demás extraños,  
Preguntábame á solas, sorprendido,  
Cómo había vivido  
Sin ella, algunos de mis buenos años.»

¡Clavado! ¡Campoamor puro!... ¡Ni más ni menos!...

Párrafo V.:

«¡*Vanitas vanitatis!*... Mis amores...»

No, señor: no dice así el texto. Dice *Vani-*

*tas vanitatum...* que significa «vanidad de vanidades.»

El poeta olvidó á Luisa, la rubia, y cuenta que luego se enamoró de una morena, á la que llama *morocha*, y, entre otras cosas, dice:

«Ni un instante sereno  
Le dió, pues, la cruel á mi existencia...  
(*Prosaica... consecuencia*)  
Y al querer olvidarla, la demencia  
De mi pasión, hasta á despecho mío...  
(*¿Qué saldrá de este lío?*)  
«Me arrastraba á su seno  
Como á la imagen de la nube el río...»

¡Y para venir á parar en una imagen falsa, tanto entrecorado y tanto prosaismo y tanto requilorio!...

Porque el río no arrastra la imagen de la nube.

El río, si está claro, retrata la nube, pero no arrastra consigo la imagen, que se queda en el mismo sitio, dejando pasar las aguas si no se mueve la nube, ni se mueve el espectador; y hasta corre al revés, río arriba, si la nube ó el espectador toman ese movimiento.

De modo que esa comparación del río y de la imagen de la nube, que de seguro le costó sus cavilaciones al señor Martinto, sólo sirve para demostrar que el señor Martinto no está más fuerte en física que en el conocimiento de lo que significan los vocablos.

Aparte de la cacofonía aquella de olvidar-la-la.....

Para cantar al *Otoño* dice el señor Martinto ripiosamente:

«Ya las hojas del árbol han caído,  
El ave ha abandonado  
Su recóndito nido  
Y en la rama armoniosa, el viento helado  
Lanza triste gemido.»

Que el nido sea *recóndito*, y el viento *helado*, y el gemido *triste...* pase.

Pero ¿por qué ristras de ajos ha de ser *armoniosa* la rama?

¡La rama *armoniosa!*

Y luego:

«Espesas nubes del azul del cielo  
La ayer radiante esfera...»

¡Uf! ¡Qué verso!

La *ayerradiante esfera...*

Lo que sigue en el libro es un soneto-blasfemia titulada *Consumatum est*; que no se escribe así, pero así lo escribe el poeta, que debe de saber muy poco latín, y así lo escribe también el prologuista, que no debe de saber mucho más que el poeta.

Se escribe *consummatum est*.

De modo que á la blasfemia-soneto del señor Martinto, que dice fría y pedestremente á

Jesucristo nuestro Divino Redentor (¡Bendito y alabado sea!), que su fe es «antorcha *vana*» y que ha sucumbido «como todos los dioses», se puede dar una contestación parecida á la que el escritor ilustre dió á la pobre mujer, que le escribía una carta censurándole y llamándole *ijnorante*:

«Muy señora mía: Ignorante se escribe con *g*.»

Así hay que hacer con el señor Martinto.

¿Qué se adelantaría con demostrarle la verdad de la Religión cristiana?

Por las trazas, nada absolutamente.

No hay más que decirle que el adjetivo latino *consummatus* se escribe con *dos emes*, y... pasar á otro asunto.

A una composición dirigida *al poeta Olegario Andrade*, que empieza:

«¡El poeta ha caído!  
El viejo cóndor *desertando el Ande*.....»

*Cóndor*... porque condor no encajaba bien en el verso; y *el Ande*, en lugar de los Andes, porque *el Ande* sirve para llamar *grande* á don Olegario al final de la estrofa; y el Ande y no *del Ande*, de modo que parece que es el Ande el que deserta, porque D. Domingo sabe poca sintaxis; y *desertando el Ande*... *ando el Ande*, porque no tiene oído.

Por eso dice también al final de su libro

*trunco* (así le llama él), en la composición titulada *Ultima página*:

«Hoy *ave errante* la esperanza mía.....»

*Averrante*.....

¡Y bien aberrante!...